

**A** Juan Mari Bandrés no le habría gustado ver lo que está ocurriendo en el proceso que se ha iniciado tras el anuncio del fin de la actividad de ETA. Las urgencias del nacionalismo para resituarse pidiendo el adelanto de las elecciones autonómicas por si los herederos de ETA le roban la cartera no las habría entendido. ¿Alguien habría imaginado al lehendakari del Gobierno vasco, en el 82, exigir al presidente Suárez, en medio de la alegría del abandono de la violencia de ETA pm, la convocatoria de elecciones generales por que una sensibilidad vasca no estaba representada en el Congreso?

Con Bandrés, se va la memoria y el rostro humano de una genera-

ción equivocada que en los años de plomo y rosas entrelazó la lucha por la libertad con la pesadilla de una generación que soñó con alcanzarla emprendiendo una violencia que enseguida derivó en la pesadilla del terror. Pero Juan Mari fue un adelantado a su tiempo. Percibió enseguida el efecto letal de la violencia en la frágil demo-

cracia. Con la perspectiva que dan los años no es difícil asegurar que a Bandrés le hubiera preocupado ahora la urgencia de un sector de la sociedad vasca en cubrir con un manto de olvido las responsabilidades de largos años de un acoso injustificable a la democracia. Resulta oportuno recordar su capacidad para desbordar el raquíptico lí-

TONIA ETXARRI

## DOS LLAMADAS DE BANDRÉS



mite de la libertad dentro de los partidos que se le quedaba pequeño para su rebeldía frente al utilitarismo de la militancia.

Quienes valoraron, únicamente, su verbo desconocieron su capacidad persuasora, lejos del escarpate y los focos, para lograr lo que, entonces, parecía tan complicado como la disolución de una rama de ETA. Tras la fusión de EE con los socialistas vascos, quienes le seguían desde la barrera se quedaron noqueados el día que supieron que Juan Mari había sido capaz de plantar la política de siglas con tal de mantenerse libre y lejos de cualquier instrumentalización.

De las numerosas conversaciones que mantuvimos desde que le conocí en el año 1977, me quedo

con dos llamadas telefónicas por pertenecer a momentos trascendentales de nuestra historia. La primera, en 1982, cuando Mario Onaindia y él convencieron a los 'polimilis' para que dejaran las armas y negociaron el final con el ministro Juan José Rosón. El día clave su voz sonó clara y vibrante, al otro lado del teléfono, con un mensaje escueto: «los 'polimilis' lo dejan. Lo hemos conseguido». La segunda llamada pertenece a la campaña del 94. Había acompañado a los militantes de Euskadiko Ezkerra en el tránsito hasta la fusión con el Partido Socialista, pero prefirió dejar la primera fila. Y desde la base, su visión crítica y apasionada en la lucha por la libertad, le fue apartando de la mili-

tancia. No le gustaban los aparatos de los partidos, y así me lo confesó en una entrevista en ETB.

Pero el día de la reflexión electoral, su voz, al otro lado del teléfono, sonó a desengaño: «lo dejo. Voy a devolver el carné del partido. Pero no lo quiero desvelar hasta el día después de las elecciones. Iré a votar y luego me apartaré».

Y así lo hizo. Reveló su decisión a dos periodistas. Le guardamos el 'off the record' durante horas y la noticia se publicó al día siguiente de las elecciones. Su desaparición ha coincidido con otro momento trascendental de la historia de Euskadi. Un momento plagado de intereses electorales de los que Juan Mari se habría distanciado, si hubiese podido.